

patible con la envidia, con el temor, con la desavenencia y con la discordia, gérmenes de las guerras nacionales; habria paz entre las familias, porque la caridad hace de todas una sola; y habria paz entre los individuos, porque la caridad los une á todos con el sagrado vínculo de hermanos.

De la fe y de la esperanza, virtudes que tienen por objeto á Dios, y de la caridad, esa virtud eterna y la única que en su inmenso ámbito abraza á Dios, al prójimo y á sí mismo, pasemos á hablar de aquellas virtudes, de las cuales el objeto inmediato es el mismo que las practica.

Continuando en nuestro propósito de demostrar de cuán grande utilidad ha sido y es para el hombre, aun en los cortísimos días de esta vida miserable, y para la sociedad la doctrina evangélica, hablaremos de las virtudes mas principales; de aquellas que vindicó el Cristianismo, oponiéndolas á la vez como poderoso dique á los vicios mas dominantes y abominables del Gentilismo y de la Incredulidad.

CAPÍTULO III.

VIRTUDES MORALES.

Dos son los móviles ó los puntos de partida de las opiniones de los hombres: la razon y las pasiones. El principio ó móvil de la razon es el verdadero, el legítimo; el de las pasiones es falso é ilegítimo. Cuando la razon pura impulsa al hombre, entonces su pensamiento y su accion, resultados de este impulso, son una verdad y una afirmacion: cuando el hombre obra ó discurre por el órgano de las pasiones, entonces su pensamiento y su accion son una falsedad y una negacion.

En el Paganismo, en que las pasiones se habian apoderado exclusivamente, arrebatándosele á la razon, del derecho de guiar y dirigir al hombre y ser la única regla de su conducta; en que la razon gemia oprimida bajo el peso de las pasiones; en que el espíritu se veia arrastrado por el suelo por la materia; en que habia desaparecido el hombre transformándose en bruto, por haber pasado, segun la enérgica expresion de un autor moderno, *toda inteligencia á los sentidos*; en el Paganismo, repetimos, estos principios, estas

opiniones, estas creencias; mas las leyes, los usos, las costumbres, la moralidad, la idea de lo justo é injusto, lícito é ilícito, ó la conciencia pública, los criterios de verdad, todo, todo debió estar necesariamente trastornado, arrancado de su base, y violentamente extraido de su natural y verdadero modo de ser. Así que, lo mismo que las pasiones humanas, su foco generador y origen comun, en conformidad con la ley constante de la naturaleza (1), los principios, las opiniones y las creencias no pudieron entonces menos de ser violentas, innobles, soeces y rastreras como su ovario, inícuas y bárbaras las leyes, obscenas las costumbres, la moralidad un cadáver víctima del sensualismo, y extraviada la conciencia pública, la idea, el juicio, y la calificacion que debe hacerse de la bondad ó malicia de las acciones del hombre. En fin, la ética completamente trastornada. La Academia, el Liceo, el Pórtico; las escuelas mas sábias de Grecia y de Roma claudicaron lastimosamente, y erraron en mayor ó menor grado en este sentido. «De virtud, dice «Lactancio (2), solo retuvieron el nombre; se extraviaron «en cuanto á su verdadera índole, naturaleza, significacion «y efectos.»

Entonces se presenta el Cristianismo hablando no ya á las pasiones sino á la razon, no al cuerpo sino al espíritu; despoja á las pasiones del derecho que habian arrebatado á la razon de guiarle, restableciéndola en el mismo; se apodera de la inteligencia humana, la regula, la modera, la ilumina, y la asienta sobre su verdadera base para que no yerre mas en la calificacion y juicio que en adelante forme de las acciones y de las cosas. Estas fueron ya lo que realmente eran y no lo que se las hacia ser.

Extraviada la razon humana por la prevaricacion adámica, y subyugada por las pasiones que se desbordaron, nada tuvo de extraño que el hombre fuera de la fe, fuera de la revelacion, fuera del orden sobrenatural, olvidase los principios de moralidad, formase un juicio errado de todo, removiendo de su base la filosofía, y constituyéndola por su punta (3). Pero el Cristianismo corrige este extravío, este

(1) El efecto es semejante en naturaleza á su causa.

(2) «Nomen itaque solum retinuerunt, vim vero et rationem et effectum perdiderunt.» (*Divinar. institut.* lib. VI, *De vero cultu*, cap. 5).

(3) Chateaubriand.

desorden general que se halla en el mundo: avivando las luces de la razon casi extinguidas, ilumina este caos filosófico y moral, y lo hace caminar todo por su natural, primitiva y verdadera senda.

El Paganismo, ó sea la religion y la filosofia paganas, hablando á las pasiones habian corrompido y variado la verdadera significacion de las palabras y de las cosas. Para los escépticos, los cirenáicos y los cínicos, despues que degeneraron (á quienes contradijeron los académicos, dando á veces en el extremo opuesto de anular y condenar la razon), no habia bondad ni malicia real objetiva é intrínseca á la accion: el pensamiento, la opinion, y una opinion interesada y falsificada por las pasiones, decidia de todo (*): así que hay crímenes que entre ellos eran reputados por virtudes, ó por cosas indiferentes, y virtudes que eran consideradas como vicios ó infamias, ó cuando menos por defectos. De ahí es que á los ojos de estas extraviadas filosofías la caridad era debilidad y cobardía, la obediencia esclavitud y servilismo, y la humildad abyeccion y bajeza. Pero desde que se presentó el Cristianismo, hablando á la razon, en todo el extenso ámbito que alumbró con su luz vivificadora, el crimen ya fue crimen, la virtud ya fue virtud, lo inicuo ya fue inicuo, lo justo ya fue justo, y lo digno ya fue digno. El Evangelio, pues, fue el gran restaurador de la razon humana. ¿Presumirá la escuela ecléctica corregir también en esto la plana al Cristianismo? ¿Le tenderá *tambien aquí compasivo la mano para elevarle mas alto?* ¿Qué pretensiones tan ridículas! Por Dios, Mr. Cousin, ó no se llame V. cristiano, ó cese de retocar la obra de Jesucristo.

El Cristianismo halló los vicios sobre los altares, y las virtudes bajo las mazmorras. Pero él, inmenso y fecundísimo ovario de virtudes, vindica las reconocidas, aumenta y continúa el catálogo de las sociales, y predica esas hermosas y grandes virtudes teológicas que hemos examinado, y otras muchas virtudes morales de santidad, de piedad y de justicia hasta entonces desconocidas, dándolas á todas consideracion, fuerza y prestigio, sancionándolas, justificándolas, santificándolas y divinizándolas. «La luz divina del Evangelio, poniendo un remedio saludable y eficaz á la corrup-

(*) Esto mismo con corta diferencia se pretende en nuestros dias.

cion en que estaba sumido el género humano, ha ejercido «un benéfico influjo sobre la inteligencia y la voluntad del «hombre, ciego y manchado con pasiones brutales, y ha hecho tomar á su reflexion una marcha mas segura y menos «vacilante. El filósofo cristiano sabe, pues, el camino que «debe seguir, el término que debe esperar, y le es imposible «extraviarse, á menos que obedezca á una voluntad culpable «y desordenada (1).»

§ I.— *Humildad.*

En la grandiosa y sublime tarea de reorganizacion del pensamiento humano, de reconstruccion y acrisolamiento de la filosofia, que emprendió el Cristianismo, tarea difícil por estar de por medio las pasiones, tuvo que vindicar los derechos de la preciosa virtud de la humildad, hacer ver sus hermosos frutos, y patentizar que ensalza tanto al hombre cuanto el hombre creia, bajo la influencia del Gentilismo, que le rebajaba y envilecia, como no faltan hoy sofistas, verdaderos paganos resucitados, que creen lo mismo.

La *elevacion de carácter* y la *humildad* son dos cosas que la filosofia pagana habia hecho incompatibles, que habia colocado en contraposicion y en línea inversa. Pero el Evangelio nos ha hecho ver su simpatía recíproca, su identificacion, presentándonoslas en la línea directa en que se hallan. Y si el orgullo fue el vicio monstruo que nos arrojó de nuestra primitiva elevacion y felicidad, y si la grande virtud de la humildad es el poderoso dique que Dios nos inculca que opongamos á la violencia de aquel vicio, ¿puede negarse que la humildad obra, reconstruye, restablece y repara nuestra dignidad y nuestra ventura? El que osare negarlo acusaria á Dios ó de insensatez en sus obras, ó de falacia para con el hombre; dos acusaciones en las cuales la impiedad compite con la blasfemia.

Prescindiendo de la gracia divina, que puede hacer brotar la humildad en toda clase de personas, su terreno propio y natural, su albergue y su morada son los corazones generosos y las almas grandes; y ya que á muchos no les impellan motivos de religion y de fe para abrazarse con la humil-

(1) *Diccionario de teologia* de Bergier, artículo *Filosofía*.

dad y arrojar de sí el orgullo, si es que estiman en algo su dignidad de hombres, sean humildes, aunque sea por motivos menos dignos, pues aseguramos á esos infatuados altaneros, que se persuaden falsamente que su orgullo es grandeza y carácter, que el verdadero carácter, la verdadera elevacion y la verdadera dignidad son privilegios exclusivos de los humildes y de los obedientes. Ellos son el *servum pecus* con que pretenden denigrar á los espíritus humildes y creyentes.

La humildad cristiana no consiste en una sumision servil, ni en una exterioridad hipócrita, ni en una modestia afectada. Bien examinada la humildad, es una verdadera grandeza, y una grandeza lícita y bien fundada, porque en esta materia hay que caminar con mucho cuidado, puesto que es tan sutil el orgullo, que se introduce hasta en la misma práctica de la virtud, viniendo así á parar á la moral de los estóicos. ¿Por qué al verdaderamente humilde no le hinchán ni envanecen ni las riquezas, ni los honores, ni los elevados destinos, ni las adulaciones, ni las lisonjas? Precisamente porque es grande, porque abriga una idea justa de su dignidad y de su valor sobre todos los bienes del mundo, y los acepta, pero para servirse de ellos dominándolos, no para que le esclavicen y dominen como dominan al soberbio, que en este mismo hecho demuestra su pequeñez y su vileza. Nada hay en la tierra mas digno ni mas grande para el hombre que la humildad, como que la humildad es precisamente la persuasion y el convencimiento de la dignidad y de la grandeza.

El orgulloso lo es por olvidarse lastimosamente de estos preciosos dones de Dios. Sin embargo, por una extraña aberracion del pensamiento humano, por una de sus reacciones ó tendencias retrógradas al Paganismo, hoy se ostenta entre no pocas personas mas pretensiosas de carácter y de dignidad á medida que son mas orgullosas, hermanando de esta manera dos cosas opuestas, la grandeza y el orgullo, las cuales no pueden de ningun modo conciliarse; no siendo otra la causa que la ignorancia unida á la mezquindéz de corazon, y á la poca elevacion de alma, que no pueden menos de pensar y de discurrir así. El desventurado autor del *Cristianismo descubierto*, despues de llamar á la fe virtud imposible, y á la esperanza virtud quimérica, dijo que la hu-

mildad es el exceso contrario al orgullo, y que solo sirve para hacer esclavos abyectos (1).

Todo hombre que se deje dominar por la materia, por lo fugaz y lo perecedero: todo hombre á quien envanezca un poco de oro ó de incienso, un círculo de tierra ó un empleo distinguido, desconoce que él es lo mas digno de la creacion; abdica la corona que ciñe en ella, y no tiene carácter ni elevacion, mereciendo que se forme un concepto poco favorable de su nobleza y de su talento. Lo que importa á la sociedad es que los hombres honren los destinos, y no el que los destinos honren á los hombres. De otra manera se asemejaría aquella á una gran reunion de insensatos vestidos de brillantes oropeles. Solamente el humilde sabe ser grande sin ostentacion y noble sin fausto.

Es efectivamente una desgracia que la fortuna sea ciega; por eso yerra casi siempre en la eleccion de sus favorecidos (2). Jamás debiera esta sonreír á las almas pequeñas ni á los corazones mezquinos. Porque ¿qué sucede? Sucede que no pudiendo estos hombres mostrarse en la prosperidad complacientes, humildes y sencillos, infatuándose por el contrario y envaneciéndose (3), vienen á ser por su repugnante orgullo la tiranía de sus inferiores, el engaño y asombro de los necios como ellos, el desprecio de los sábios y el ridículo de la sociedad entera, para la cual son una plaga calamitosa (4). «No solamente la fortuna es ciega, dice Ciceron, sino que ordinariamente hace ciegos tambien á aquellos á quienes favorece. Y así se engrién con desden y altanería; ni puede haber cosa mas insufrible que un ignorante colocado en fortuna. Y es de ver que aquellos que han sido antes de unas costumbres dulces, con la autoridad, poder y prosperidad se mudan; desprecian á sus antiguos amigos y buscan otros nuevos (5).»

(1) Citado por Bergier, *Tratado histórico y dogmático*, tomo 2, página 436.

(2) El Eclesiastés vió á los sábios sin pan, y sin riquezas á los doctos, y vió en ello la casualidad. (*Cap. ix, 11*).

(3) «Postquam elevati sunt in sublime.» (*Prov. xxx, 32*).

(4) Vió tambien otro mal bajo del sol, al necio en alta dignidad, y al sabio en lugar bajo. (*Eccles. x, 3*).

(5) «Non solum ipsa fortuna cæca est, sed eos etiam plerumque efficit cæcos quos complexa est. Itaque efferuntur illi fere fastidio et contumacia; neque quidquam insipiente formato intolerabilius fieri potest. Atque hos quidem videre licet, eos qui antea commodis fuerunt mori-

Además, siendo la primitiva condicion del hombre una condicion elevada y digna; como la condicion presente es menos digna, y degenerada, y siendo la humildad una de las cualidades ó caractéres principales del hombre inocente, como el orgullo es á la vez hijo, padre, autor, efecto y causa del pecado, es evidente que la humildad dignifica al hombre, dado que le aproxima á su primitivo estado, así como le degrada mas y mas el orgullo, por lo que le aleja de este mismo estado.

Y ¿hará feliz al hombre la humildad como le dignifica? Vamos á verlo.

El verdaderamente humilde es imperturbable en los acontecimientos varios de la vida humana, y en las vicisitudes de la fortuna: ni esta le envanece sonriéndole, ni le abate abandonándole; y este perfecto reposo y esta tranquilidad inalterable en que la humildad abisma suavemente á su espíritu, labra su verdadero bienestar y su dicha. ¿Se le injuria? Pues él es demasiado grande para que le desazone ni hiera mucho la ofensa, y demasiado generoso para en vez de irritarse contra el injuriante, no le perdona contemplándole con lástima. ¿Se le despoja? Pues haciéndole esperar su humildad, por la fe y la esperanza que son inseparables de ella, unos bienes incorruptibles y eternos colocados fuera del alcance de las vicisitudes de la fortuna y de la rapacidad humana, no le inquieta lo mas mínimo la pérdida de aquellos otros ficticios, fugaces y perecederos, que son como la moneda con que compra los inamisibles y eternos. ¿Se le tiraniza? Pues él por medio de la humildad y de la obediencia, que sin estar obligado, presta al tirano haciendo por Dios el sacrificio de sus derechos y de su libertad, evita los rigores de la tiranía y del despotismo. ¿Trátase de la concesion de un destino; se le posterga injustamente, lo cual contrista el corazon del sábio (1)? Pues él permanece tan contento y tranquilo como antes, lamentando en silencio la parcialidad y la injusticia de los hombres, y mas que todo los perjuicios que á la patria y á la sociedad se originan con designarla servidores ineptos. No le hieren ni el desprecio

«bus, imperio, potestate, prosperis rebus immutari spernique ab iis veteres amicitias indulgere novis.» (*De amicitia*, cap. 15).

(1) «In duobus contristatum est cor meum... et vir sensatus contemp-
tus.» (*Eccli.* XXVI, 25).

ni la ingratitud. Si su reconocida probidad y su mérito le extraen de la vida privada y le elevan á las dignidades y á los honores, los recibe con modestia. Si sacrificado en las aras de la envidia maligna, ó tal vez porque para la iniquidad estorba su incorruptible rectitud, desciende de su elevacion, deja los honores y las dignidades con la misma modestia y magnanimidad de corazon con que los aceptó, volviendo á sus cuidados domésticos y á las dulzuras de la vida privada. En fin, el verdadero virtuoso y humilde es una roca firmísima contra la cual se estrellan las mas fuertes oleadas de los contratiempos de la vida, y nada hay en este mundo capaz de turbar su perfecta tranquilidad, su calma y su reposo (1). Es, pues, el humilde tan dichoso como digno.

«Todos desean la paz, dice un precioso libro (2) en que la «ocultacion que el autor hizo de su nombre revela el espíritu de humildad que le dictó; todos desean la paz, mas no «todos cuidan de lo que pertenece á la verdadera paz. — Mi «paz (habla Jesucristo) está con los humildes y mansos de «corazon.—Tu paz estará en tu mucha paciencia.» «Aprended de mí, dice Jesucristo por boca de san Mateo (3), aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis «el reposo para vuestras almas.»

Y ¿quién desconocerá tampoco la grande influencia de esta virtud en el buen gobierno, en la paz y en la estabilidad de las sociedades (*)? La humildad hasta liberta al hom-

(1) «Non contristabit justum quidquid ei acciderit.»

(2) *Imitacion de Cristo.*

(3) Cap. XI, v. 29.

(*) «Mas para hacer ver, dice el Adicionador de la obra de Sabunde *Las Criaturas*, que una de las cualidades características de la religion «de Jesucristo es hacer lucir tanto mas sus resplandores por todas partes, cuanto mas es combatida y atacada, llamemos á un hombre puesto á la direccion de su corazon que tenga ideas las mas altas y pensamientos los mas sublimes, y comparémosle con un cristiano humilde dotado de igual talento y enérgica actividad. Hé aquí los dos puestos en la ocasion de una empresa grande, que debe redundar en beneficio de la sociedad. Cada cual raciocina prudentemente consigo mismo segun sus respectivos principios. El primero, consiguiente á «sus máximas, no tiene otro impulso que la gloria de su nombre ó sea «un interés personal. El segundo, igualmente consiguiente á las suyas, «mira su gropio deber y la voluntad de Dios. Aquel medita lo arduo y «escabroso de la empresa en la misma cualidad de la obra; reflexiona sobre la multiplicidad y fuerza de los obstáculos que se le ofrecerán por parte de los hombres, y emprende la obra lleno de sí mismo y

bre de la esclavitud, colocándole donde no puede llegar la tiranía, como ya probaremos en otra parte, á donde remitimos á nuestros lectores (1). Y si la humildad católica fija y afianza las sociedades, y emancipa, felicita y dignifica á los hombres, ¿cuáles son las ventajosas pretensiones que pueden ostentar la Reforma y el Filosofismo, cuyo origen fue una perfecta parodia de la rebelion angélica y adamítica abortadas por la soberbia y el orgullo? Destruyendo la autoridad espiritual y atacando la autoridad civil, ¿no han sofocado la humildad religiosa en lo primero, y la humildad política en lo segundo?

Que se censure, que se critique, que se ataque un principio, una institucion, una doctrina cualquiera á vista de los pueblos, y bien pronto este principio, esta institucion ó esta doctrina, por justísimas y verdaderas que sean, son desacreditadas ante la multitud ignorante. Del descrédito pasan á la indiferencia pasiva, pues perdieron su valor, su fuerza moral y su prestigio: de la indiferencia vienen al desprecio y al abandono, y del desprecio al odio y al aborrecimiento. Desgraciadamente no necesitan las pasiones humanas mas que se las abra una rendija, por pequeña que sea: pronto la convierten ellas en una brecha enorme y practicable, por la que entrando atropelladamente, asaltan

«confiado en sus talentos y conocimientos. Este pesa tambien los obstáculos y dificultades intrínsecas con toda madurez y prudencia, pero á la vista del propio deber y con un cierto conocimiento de la voluntad de Dios emprende el trabajo confiado en Dios, lleno de valor y de fuerza. El primero necesariamente disminuye sus cuidados, se espanta, se confunde y retira del trabajo cuanto puede, si por casualidad en lo mejor de sus fatigas llega á prever que no obtendrá aquel nombre que pensaba ó bien que perderá su interés personal. Pero el otro mientras descubre en su deber la voluntad de Dios, no se detiene, y es constante é irremovible. Aquel, por alta que sea la idea que pueda tener de sí mismo, no puede dejar de sentir alguna vez una cierta desconfianza de sí mismo, á la vista de la fuerza de los obstáculos que se le presentan; porque en fin conoce ser hombre: mas el otro, siempre firme en su deber, redobla sus esfuerzos contra las dificultades que sobrevienen, y no teme, porque sabe que no obra solo, sino que le ayuda y sostiene Dios: vencedor de todos los obstáculos y firme en su empresa no desiste de ella hasta que no se persuada hallar su propio deber y la voluntad de Dios en lo contrario. Dígase ahora ¿cuáles principios son mas útiles y fructuosos á la sociedad, aquellos con que se dirige el primero, ó aquellos que sirven de regla al segundo? ¿Qué es mas deseable y eficaz en las grandes empresas, la humilde confianza del cristiano ó la soberbia altivez del hombre?» (Pág. 273 y 274).

(1) En la obra: *El principio de autoridad vindicado*.

el sagrado alcázar de las leyes y de las instituciones. Esto es precisamente lo que sucedió con la doble sumision civil y religiosa de las masas á consecuencia de las violentas y agresoras doctrinas de la Reforma, y los resultados fueron tan terribles como no podian menos de ser y como eran de esperar por todo hombre pensador. ¿Qué sucedió, pues?

Que no pudiendo sufrir los pueblos el yugo y la sumision cuyo odio habian bebido ya bastantemente en aquellas ideas, en aquellas máximas y en aquellas doctrinas turbulentas llegaron en su furor ciego y en sus violentos arrebatos hasta donde llegar podian, á saber, hasta la idolatría y el ateismo en religion, y hasta el despotismo mas feroz en política. Y ¿qué fue esto sino otra reaccion pagana, otro paso retrógrado á los tiempos del Gentilismo, á los cuales se excedió aun en inhumanidad y en barbarie?

¡Ah! Otra vez vemos que el hombre no puede huir del Catolicismo, que es la dignidad, la paz, la libertad y la dicha, sin venir á parar tarde ó temprano al Paganismo, que es la degradacion, la guerra, la esclavitud y la infelicidad!

§ II.—Castidad.

En la introduccion al capítulo 6 del libro 1 *De virginibus* previene san Ambrosio que al referir y probar las ventajas de la virginidad no es su ánimo disuadir del matrimonio (1). Yo hago aquí la misma advertencia que el santo Doctor. Como párroco que me glorio de ser he advertido muchas veces que es necesario para la conservacion del género humano, y que á todos los que no tengan ningun impedimento les es concedido (2). No es, por otra parte, mi intento hablar exclusivamente de la castidad virginal.

¡Castidad!... ¡Con cuánta razon y con cuánto derecho puede el Cristianismo reclamar tambien y llamar suya esta preciosa virtud! ¿Quién puede traer á la memoria las obscuridades del Paganismo, del cual es propio, como dice el Apóstol (3), satisfacer los deseos é inclinaciones de la carne, sin que se llene de rubor y de indignacion á vista

(1) «Non ego quidem dissuadeo matrimonium, sed virginitatis attexo beneficium.»

(2) *Ritual Rom.* Del sacramento del Matrimonio.

(3) «Quorum Deus venter est.»